



Setenta años de experiencia cubana

Cine, medios, comunicación: el apostolado de la imagen

Por ALBERTO RAMOS

Más de un siglo de cine en Cuba coincide, aunque a muchos sorprenda, con el interés demostrado desde siempre por los medios católicos cubanos (en nada ajenos a las diversas coyunturas que enfrentan la historia nacional y la vida eclesial a lo largo de ese tiempo) hacia esa última gran adquisición de la modernidad que es la cinematografía. Cuba fue, según el historiador Raúl Rodríguez en *El cine silente en Cuba* (1992), quien cita al director de la Cinemateca de Ecuador, Ulises Estrella, «el primer país de América Latina en que la Iglesia se ocupó del cine y sus efectos».

Lo cierto es que ya en 1914 estaban en activo varios círculos católicos de cine; unos convocaban a lo más distinguido de la sociedad capitalina, como el que sesionaba en el palacio Villalba; otros ofrecían películas «estrictamente morales» en barriadas pobres como Jesús María. Llama la atención que, desde fecha tan temprana, cuando en buena parte del mundo católico la postura más común hacia el cine se resumía en un rechazo de facto («escuela de corrupción» era el calificativo más común, a excepción claro está, de las películas bíblicas que no faltaban por Semana Santa y Navidad), la Iglesia cubana se hiciera eco de las inmensas posibilidades ofrecidas por el atractivo, popularidad y alcance del cine, y animase una muy incipiente pastoral de medios enfilada, ante todo, a la educación en los valores de la moral cristiana, germen de lo que en los años por venir constituiría el núcleo del trabajo desempeñado por las organizaciones laicales ad hoc (Comisión del Cine, Centro Católico de Orientación Cinematográfica, SIGNIS Cuba), y anticipación (más cercana en el tiempo) del espíritu que, el 29 de junio de 1936, estableció una primera pauta en cuanto a la posición de la Iglesia ante el cine con la encíclica de Pío XI *Vigilante cura* (tr. *Vigilante solicitud*).

Dicho documento instaba a la creación de oficinas nacionales permanentes de revisión que «puedan promover las buenas películas, clasificar las otras y hacer llegar este juicio a los sacerdotes y a los fieles». Se trataba, en fin, de descentralizar (y en alguna medida contextualizar) el trabajo que hasta entonces había quedado circunscrito al escenario europeo donde operaba, desde 1928, la Oficina Católica de Cine, dotándolo de una verdadera vocación «católica», vale decir universal.

Como era de suponer, los medios laicales cubanos se hicieron eco de inmediato de *Vigilante cura*, cuyas directrices inspiraron una expansión sin precedentes de la presencia católica en la cultura cinematográfica cubana a lo largo de las dos décadas y tanto transcurridas hasta que Pío XII volviera al tema en la encíclica *Miranda Prorsus* (1957). Ya hacia 1935 había aparecido la sección Cine, Teatro...firmada por Leopoldo Barroso Molero en la revista de los padres franciscanos *San Antonio*, donde se publicaban cápsulas críticas con una clasificación moral de las películas. Por su parte, el Comité de Damas Católicas distribuía un volante al que llamaban *Guía Moral del Cine* destinado en lo fundamental a la feligresía. Aquí se localiza el origen de la Comisión del Cine fundada, en 1937, por Rosa Etchegoyen con la asesoría del franciscano español padre Pablo de Lete que, en 1939, se integraría al Secretariado de Campañas Moralizadoras adscrito a la Federación de la Juventud Católica Cubana

Dicha Comisión se impuso como meta sistematizar el trabajo de la llamada *Guía Moral del Cine*. Auxiliándose de un cuerpo de «censores», la *Guía* clasificaba las películas estrenadas semanalmente de acuerdo con lo establecido por la Liga de la Decencia norteamericana en «Para toda la familia», «Aprobada para mayores», «Parcialmente objetable» y «Completamente objetable», por su presentación o por su tesis y, por lo tanto, prohibida. Publicada con el auspicio del Secretariado de Campañas Moralizadoras y el *Semanario Católico* (sucesor desde 1938 de *San Antonio*), la *Guía* se difundía semanalmente a través de boletines, revistas y suscripciones que llegaban a iglesias y colegios religiosos —ofreciéndose, además, en resúmenes mensuales y anuales. A pesar de dirigirse en primer término a la feligresía, y estar enfocada al aspecto ético, la *Guía* llamó la atención sobre el cine en un sentido que rebasaba los estereotipos de diversión fijados por la prensa y la publicidad, incentivando una apreciación más integral donde los valores artísticos, junto a la significación moral, irían ocupando un importante lugar.

Hacia 1945, la Guía estaba consolidada, pero sus límites ya resultaban demasiado estrechos para algunos de sus miembros. El viraje comienza a perfilarse al año siguiente, cuando en octubre de 1946 sesiona en Bruselas la primera reunión del Consejo General de OCIC (Oficina Católica Internacional del Cine) después de la II Guerra Mundial. La Comisión de Cine cubana es aceptada entonces, por unanimidad, en el seno de la OCIC y su presidenta integra el nuevo Consejo General de la organización. Esto hizo posible que dos años después arribase a La Habana el Secretario General de OCIC André Ruszkowski, portavoz de ideas sustancialmente renovadoras en la manera de analizar el trabajo y las proyecciones de la organización.

Con un par de históricas funciones de cine-debate persuadió a sus interlocutores de que calidad artística y valoración moral eran elementos inseparables, y que la misión de las oficinas nacionales no debía reducirse a absolver o condenar las películas con arreglo a categorizaciones rígidas, sino en ofrecer al espectador los elementos indispensables para incentivar un juicio inteligente que pusiera de relieve los valores y deficiencias de un filme, por lo cual el tema de la educación del gusto cinematográfico se convertía en una de las prioridades esenciales de la OCIC en su empeño de evangelizar a través de los medios.

La Comisión, que por ese entonces había sido transferida a la Junta Nacional de Acción Católica, reconsideró su misión, y en 1950 se convirtió en el Centro Católico de Orientación Cinematográfica (CCOC), institución que, bajo la dirección de América Penichet, haría historia en el acontecer cinematográfico cubano de los años por venir. Baste decir que, en poco más de una década, el CCOC fundó y coordinó más de 40 cineclubes en toda la Isla, comenzando por el que sesionó en el cine Duplex, de La Habana, desde 1952 y extendiéndose luego a localidades como Sagua, Camagüey y Santiago de Cuba, y cuya audiencia abarcaba desde público en general hasta auditorios más especializados como estudiantes, sacerdotes y obreros. Los filmes eran presentados y debatidos por críticos del CCOC, en lo que constituyó, sin dudas, una experiencia de educación cinematográfica inédita en Cuba, altamente apreciada por los medios intelectuales.

Cineastas de renombre como Bresson, Rossellini, Cocteau, De Sica, Renoir y Buñuel fueron promovidos por el CCOC a través de sus cineclubes. Y fue en virtud de las excelentes relaciones entabladas con empresarios y casas distribuidoras que el Centro pudo influir a favor de la carrera comercial de filmes como Dios necesita hombres, y que se exhibieron en Cuba películas, hoy clásicas, como Milagro en Milán y El diario de un cura rural.

Por otro lado, desde 1953 se editó la revista Cine Guía, cuya tirada llegó a superar los mil ejemplares, y que se distribuía continentalmente a más de 500 suscriptores. Cine Guía, dirigida por Manuel Fernández, no sólo fue la primera publicación católica dedicada al tema en Cuba, sino una de las pocas que, con profesionalidad y rigor, se hizo eco del séptimo arte en nuestro medio. No sólo dio cuenta de la labor del CCOC y publicó excelentes reseñas de los estrenos, sino divulgó aspectos de técnica y estética cinematográficas, amén de noticias y entrevistas. En cuanto a la Guía Moral del Cine, luego de publicar sendas compilaciones de los períodos de 1937-1951 y 1952-1954, pasó a ser una Guía Cinematográfica con carácter anual donde quedaba recogida la labor de los críticos –ya no más censores–, del CCOC. Todo lo anterior, sin embargo, no agota la ingente labor desarrollada por el Centro en esos años, que también abarcó una modesta política de publicaciones no seriadas, la institución de los Premios Anuales del CCOC y la creación de una importante biblioteca. Por último, a partir de 1953 el CCOC organizó varias jornadas de estudios cinematográficos para educadores católicos –iniciativa sin precedentes en pro de la educación para los medios.

En el plano internacional, poco tiempo necesitó el CCOC para colocarse a la vanguardia de sus colegas del continente. El prestigio alcanzado por la oficina cubana se tradujo en la designación de América Penichet como vicepresidenta de OCIC para América Latina (1954) y la celebración en La Habana, en enero de 1957, de su congreso mundial, organizado y financiado por el CCOC con el respaldo de la jerarquía local. A fines de los 50, el balance no podía ser más satisfactorio: el Centro Católico de Orientación Cinematográfica integraba, junto a la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo y el Departamento de Cine de la Universidad de La Habana, el trío de instituciones a la vanguardia del estudio y la apreciación cinematográfica en Cuba.

Buena parte de lo conseguido por el CCOC se vino abajo en pocos años, luego del éxodo de la mayor parte de su membresía, a raíz del triunfo de la Revolución cubana de 1959, con lo cual se abrió un compás de agonía del que no emergería hasta mediados de los 80. América Penichet se radicó en Lima y fundó el Servicio Latinoamericano de OCIC (SAL-OCIC); una parte del equipo del CCOC emigró a EE.UU. y otros, como Manuel Fernández y Faustino Canel, se trasladaron al Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC).

La última edición de la Guía Cinematográfica ve la luz en 1960; la revista Cine Guía deja de aparecer en 1961 y los cineclubes se retiran de las salas de cine. Con toda probabilidad, los días del CCOC estaban contados hacia mayo de 1967, cuando se reunió en Cienfuegos la Comisión Episcopal del Apostolado Seglar para disolver la Acción Católica de Cuba. Si no desapareció definitivamente fue gracias a su directora desde 1961, Gina Preval, y al crítico Walfredo Piñera que, contra viento y marea, preservaron las líneas de trabajo esenciales del CCOC dentro del contexto menos favorecedor de los 60 y 70. Carencias materiales, dispersión y apatía fueron enfrentados con empeño y creatividad admirables por Preval y Piñera. Baste recordar los cineclubes «diferidos» en salas parroquiales, los cursillos y charlas formativas por toda Cuba, la dedicación esmerada y paciente a un humilde proyecto de fichero cinematográfico y el auspicio de «audiovisuales» en las diócesis.

A mediados de los años 80, el panorama comenzó a aclararse. De 1984 a 1985, el CCOC ofrece dos cursos para seminaristas y jóvenes laicos en el Seminario de San Carlos y San Ambrosio con profesores provenientes del ICAIC, iniciativa que marcó un significativo acercamiento entre ambas instituciones. A esto se une la instalación del primer jurado internacional de la OCIC en el Festival del Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana de 1984, en gran parte gracias a las gestiones de Gina Preval ante la dirección del evento. En 1986, Abelardo Meneses asumió la presidencia del CCOC que, en lo adelante, se llamaría OCIC-Cuba. Los esfuerzos se encaminaron a lograr una mayor visibilidad en los medios: presencia en los festivales Caracol (de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba) y CinePlaza; edición trimestral del Boletín OCIC-Unda y asesoría, en materia religiosa, de películas fueron algunos de sus logros más sobresalientes, animados por el carisma del padre Fernando de la Vega y laicos como Gladys Castresana, entre otros.

Hacia 1994, Gustavo Andújar accede a la presidencia de la Oficina que, a partir de 2001, pasa a ser SIGNIS-Cuba (Asociación Católica Cubana para la Comunicación). En esta última etapa, el trabajo de la organización cobra nuevo impulso y se consolida con la incorporación de nuevos miembros y el apoyo que brinda la oficina de OCIC/SIGNIS en Bruselas (su referente mundial) a la gestión y financiamiento de proyectos para la adquisición de infraestructura material y la inserción de la oficina cubana en la dinámica internacional de SIGNIS en tanto que presencia evangelizadora y sujeto activo del diálogo entre culturas en el vasto universo de la comunicación audiovisual (radio, televisión, cine e Internet).

El cineclub, renombrado Félix Varela en 1986, reanuda y regulariza sus sesiones hacia 1997 en la sala Bartolomé de las Casas, del Convento San Juan de Letrán, hasta que en 2005 se instala en su sede permanente de la Casa San Juan María Vianney, invitando con frecuencia a directores y especialistas. OCIC se hace cargo también de la videoteca diocesana, donde logra reunir una de las mejores colecciones de filmes en video del país, amén de enriquecer el fondo bibliográfico y reorganizar sus archivos.

Un año después aparece la revista Ecos, sucesora inmediata del Boletín OCIC, que se distribuye con gran aceptación entre las instituciones culturales y docentes vinculadas al quehacer audiovisual del país, y que junto a Cine Cubano es una de las escasas publicaciones dedicadas al cine que circulan hoy en Cuba. En 1998, se auspicia un taller infantil de iniciación en la comunicación audiovisual dirigido por Pablo Ramos, y desde el 2004, a fin de estimular el trabajo de los nuevos creadores, SIGNIS Cuba convoca, junto a la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, al taller de jóvenes directores Talentos para el Futuro. Por otra parte, jurados de la organización cubren los más importantes festivales del cine y el audiovisual del país, y han sido invitados a importantes citas internacionales como Venecia, San Sebastián, Amiens y Mar del Plata.

Por último, OCIC (y luego SIGNIS) Cuba han incursionado también en la realización cinematográfica. Alrededor de la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba se produjeron varios documentales: Habemus papam (Carlos León, 1997), Hacedor de puentes (Caridad Abascal, 1997) y Cuba, cuida a tus hijos (María Caridad Cumaná, 1998). Asimismo, a partir de 2003 se distribuye la revista informativa en video Aquí la Iglesia, y a comienzos de 2005, María Caridad Cumaná y Gustavo Andújar colaboraron con la productora brasileña Videografía en el rodaje de un documental sobre el presbítero Félix Varela.



En sus diversas «encarnaciones» a lo largo de 70 años, SIGNIS-Cuba es, por ahora, el último capítulo de un largo expediente de servicio a la Iglesia Católica cubana desde un apostolado un tanto singular, que no por antiguo deja de ser presencia viva y actuante en nuestras diócesis, y más allá de ellas. Prueba de ello son las cordiales relaciones que, marcadas por el aprecio y el respeto, caracterizaron las relaciones entre OCIC Cuba y el ICAIC, aún en los momentos más tensos de la vida política cubana; así como el prestigio ganado entre colegas e instituciones que reconocen, y agradecen, el rigor y la profesionalidad de nuestro trabajo.

En el convulso mundo de hoy, donde la comunicación audiovisual es un elemento clave en los esfuerzos por construir un clima de paz y entendimiento, el “apostolado de la imagen” es también semilla de esa esperanza, primicia del Reino que nos convoca desde el fascinante universo de los bites, las ondas y los fotogramas. Descubrirla y anunciarla es la razón de nuestro empeño.